

GENERAL ALVARO OBREGON.

ESCRITOS INTIMOS.

Catatuya era el nombre de una mujer, toda hecha de misterio. Singular creación que el destino formó, para darse luego el placer de cegar su vida en flor en una tragedia que había de convertirla en símbolo.

Nació Catatuya en una aldea circundada de montañas, aislada del resto del mundo, a unos cuantos grados del trópico. Descendía de familias coloniales de posición muy modesta; la hermosura y la gracia formaban la médula de su personalidad, y su vivacidad corría siempre paralela con estos dotes. Sus primeros años se sucedieron sin ningún incidente de llamar la atención. Los pacíficos moradores de aquella aldea vivían familiarizados con los encantos de aquella criatura y aunque le reconocían superioridad sobre las demás lugareñas, no podían apreciar el alcance de sus encantos.

Catatuya vivió sin salir de su aldea hasta la edad de veinte años, cuando unos familiares suyos la invitaron para que fuera a pasar con ellos algunas semanas a la vecina provincia, donde ellos radicaban. Catatuya, -- con el natural alboroto de quien nunca ha salido del solar paterno, alistó sus equipajes y llena de emoción abrazó y besó a los suyos y salió de aquella casa que la había visto nacer y crecer, pero que no la vería retornar jamás.

El viaje se hizo sin contratiempo alguno. Todo era novedad para Catatuya, que se mostraba temerosa de la velocidad del auto en que viajaba. La satisfacción de aquel matrimonio por haber dado a Catatuya la oportunidad de que saliera de su aldea y la de presentar a la sociedad de su pueblo aquella joya tan preciada, y las emociones de Catatuya hicieron que aquel grupo perdiera la noción del tiempo durante las primeras horas del viaje. Las preguntas ingenuas de Catatuya hacían mucha gracia a sus parientes: bailán mucho en su pueblo? - Hay muchas muchachas bonitas? - Cómo andarán nuestras modas con las de ustedes? - Habrá muchas pelonas? - Sus jóvenes son muy alegres? - Cuál es el mozo más guapo? - Está de novio? - Hasta que su prima le decía: Basta mujer, qué preguntar; Nada queremos decirte de nuestro pueblo para que tú recibas alguna sorpresa, porque de lo contrario, antes de llegar lo conocerías tanto como el tuyo y ningún chiste te traería.

Así el tiempo transcurría inadvertido para los alegres viajeros, hasta que el estómago empezó a reclamar sus derechos y sin tenrrumpir su carrera tomaron su bastimento. El sol se acercaba al ocaso, cuando comenzaron a verse a lo lejos las primeras casas de la aldea y unos momentos después hacían su entrada triunfal, Catatuya y sus primos, al pueblecito aquel, que pasados unos meses sería el teatro de una leyenda que atraería la atención de todos. El coche recorrió una larga calle sin pavimento, limitados sus lados por construcciones modestas de adobe, y al fin se detuvo frente a una de ellas. El jefe de la expedición saltó a tierra y abriendo la portezuela exclamó: Hemos llegado, Catatuya; estos muros de adobe son tan modestos como hospitalarios y lo que te falte de comodidades lo supliremos con cariño y atenciones. Cuando decía las últimas frases de su discurso estaban ya dentro de la casa. Catatuya, escudriñando con sus miradas aquel recinto, replicó: Déjate de discursos, primo; tú te atienes a que yo no he de contes tarte; sin embargo, sabes muy bien que mi tierra es fecunda en literatos y poetas que para mí forman una sola familia; yo me siento muy feliz y los cumplidos podrían menoscabar mi ventura; con que se prohíben éstos y desde ahora nos trataremos como buenos hermanos; además del grande afecto que a ustedes les hemos tenido todos en mi casa, ahora yo tengo que añadir mi gratitud; si no es por ustedes, yo no salgo nunca de aquel pueblo. Yo quiero mucho a-

mi tierra, pero están tan triste: Todos los días vemos las mismas cosas, -- las mismas caras y hasta pensamos lo mismo. La monotonía podrá ser tolerable en todo, pero nunca en el pensamiento; pensar siempre en lo mismo -- equivale a no pensar. Hacía 20 años que veía yo salir el sol por el mismo sitio; siempre sobre la misma montaña ponerse lo mismo; ahora me parece que el mundo va a dar vueltas de otro modo, cuando menos para mí. Ahora mismo, el sol se está poniendo sin una montaña que me impida que lo vea -- hasta que llegue a la horizontal que forma esa encantadora planicie. Y -- así hablaba Catatuya con emoción y alboroto; tal parecía que dialogaba con su propio destino.

Al siguiente día se propaló la novedad. Una encantadora forastera se encontraba en la Villa, alojada en casa de un apreciable matrimonio relacionado con la mejor sociedad. Ocurrió lo que era lógico que sucediera; que al salir Catatuya de su aldea, donde todos estaban familiarizados con sus encantos y tomar contacto con otras gentes, empezaría a llamar poderosamente la atención y así fué. Unos días después de su llegada todos tenían a Catatuya como la mujer más hermosa y atractiva, ya no de la aldea, sino de toda aquella comarca, desvaneciendo todo provincialismo que no podía engendrarse porque no había puntos de comparación con las muchachas lugareñas, no obstante que había mujeres muy guapas, pero Catatuya -- era más que una belleza, un capricho de la naturaleza; tenía algo de todo y su todo era una maravilla. Los mozos todos del lugar colmaban a Catatuya de atenciones y los que creían tener títulos suficientes para pretenderla, le hacían el amor. Le ofrecían bailes y paseos de campo a la encantadora huesped, que con su habitual bondad, cautivaba la simpatía de -- cuantos la trataban.

Encantada de la vida pasaba Catatuya los días con aquel matrimonio, al que debía aquel paseo que tantas y tantas satisfacciones le proporcionaba.

Un día corrió la noticia por todo el pueblo, que un Ministro, ni más ni menos un Ministro, arribaría al lugar en el curso de aquella misma semana. Naturalmente, en su compañía vendrían algunas personas de significación. Todos los moradores del pueblo se alistaron para recibir como Dios manda a tan alto dignatario, y el que recibió el aviso del propio Ministro, sacaba a cada momento el mensaje y mostrándolo a todas las personas que encontraba, les decía: Sin duda que viene; aquí tengo el parte -- que me puso; él mismo firma; y orgulloso de su documento se creía autorizado para dirigir los preparativos; mientras los vecinos cortaban las ramas más verdes y adornaban las calles y las fachadas, las vecinas recortaban sus melenas y aplanchaban sus trajes de verano, alistando cremas, coloretes y los demás menjerges que habían de auxiliar su físico en aquel gran día. La maestra exhumó algunas de las recitaciones que sus más adelantadas discípulas recitaran en los últimos exámenes para vengarse del -- Ministro por tantas molestias que estaba ocasionando. El Maestro había -- obtenido permiso del C. Presidente Municipal para suspender las clases por los días que fuera necesario y emplearlos en la factura del discurso de bienvenida que debería pronunciar él, como Secretario del muy H. Ayuntamiento. Las más altas autoridades en culinaria disponían el Menú, y los chiquillos, libres de la tiranía de las escuelas y de las mamás, corrían y saltaban a discreción y así cualesquiera podía llegar al pueblo y darse cuenta que aquella no era su vida normal.

Una nube de polvo que se levantaba a lo largo del camino anunció el día señalado que se acercaba la comitiva y se confirmó unos minutos después. Uno tras otro fueron entrando los autos en que viajaban el Mi--

nistro y su séquito, deteniéndose por fin frente al hotel que había sido pre-parado para alojar a tan ilustres huéspedes. Una banda tocaba una marcha; - los vecinos más caracterizados saludaron de mano al Ministro y acompañantes. Seguidamente, se hizo una señal a la música para que suspendiera su marcha y el Secretario del H. Ayuntamiento empezó su discurso así:

Señor Ministro y señores ilustres acompañantes:

La voz menos autorizada viene confiada en vuestra benevolencia a - decirnos unas palabras de bienvenida. El H. Ayuntamiento me ha honrado con la delicada comisión de dar a ustedes la bienvenida; el que habla, no tiene palabras suficientemente elocuentes para cumplir a satisfacción, pero sí puede asegurarles que este pueblo, desde que recibió la grata noticia de la visita de ustedes, se ha preparado con entusiasmo y regocijo para recibirlos dignamente. Si no podrá atenderlos como ustedes lo merecen, no será por falta de voluntad, sino por falta de preparación. Yo suplico a usted, señor Ministro, e ilustres acompañantes, que reciban nuestra calurosa bienvenida y nuestros deseos por que les sean gratos los momentos que pasen entre nosotros. Yo, - al terminar con tan honrosa comisión, con que me ha honrado el H. Ayuntamiento, también doy a ustedes mi personal bienvenida.

El Ministro contestó en términos breves, agradeciendo en nombre su yo y el de sus compañeros, aquellos agasajos.

Como era tarde, no había tiempo que perder. Habían sido prepara-- dos una cena y un baile en honor de tan ilustres viajeros y había que alis-- tarse. Fueron llamados con tal objeto, barberos, boleros, sastres, alista-- dos baños, y así, todo el mundo se puso en movimiento.

Cuando todos quedaron arreglados, pasaron a la cena, que fué abundante y preparada con muy buen paladar. No hubo discursos y una amena charla que no se interrumpió durante la comida, le dió un tono simpático.

Más tarde, llegó la hora del baile. El señor Ministro y su grupo-- se trasladaron al sitio y penetraron al salón en medio de un nutrido aplau-- so. La orquesta tocó la diana del ritual. Después de las consabidas carava-- nas, Ministro y acompañantes tomaron asiento, reunidos con algunos de los ve-- cinos más prominentes del lugar. El baile se reanudó; muy guapas mujeres, - luciendo modernos atavíos, desfilaban frente a los huéspedes, llenando con - su gracia el recinto. Estos recibieron muy grata impresión, al ver cómo en - aquel ambiente que parecía todo rural, se presentaban damas y caballeros ves-- tidos con tanta corrección.

Acompañaban al Ministro seis caballeros: uno, su Secretario Parti-- cular, joven y listo; tres Ayudantes, jóvenes también; un caballero ya entra-- do en edad, muy bien puesto y con modales distinguidos, y el último, un ~~caba~~ ^{nel} ~~lleno~~ que aparentaba una vejez prematura ~~en su físico~~, pero muy jovial y de-- muy buen humor. Los demás coches que vimos llegar con el señor Ministro, -- los ocupaban personas que del pueblo vecino venían acompañándolo. Los viaje-- ros cambiaban miradas de inteligencia, cada vez que pasaba por el frente una bailadora hermosa y en voz baja se preguntaban: cuál te gusta más? - Gradual-- mente fué creciendo la animación de la fiesta, y Ministro y acompañantes se-- entregaron al baile, a excepción de ~~uno de ellos: el que señalamos como via-- je prematuro, y el que por las consideraciones que todos le guardaban, pare--~~ ^{cmo} ~~cia que era un viejo amigo del Ministro. Al instante, los oriundos empeza--~~ ron a suplicarle que bailase; él se excusó diciendo que algunas heridas que-- había recibido en una batalla naval le habían paralizado parte del lado dere-- cho y lo incapacitaban para aquella diversión; pero no le impedían charlar, -

que era su fuerte.

Seguían llegando al salón muchas damas, con una proporción muy notable de hermosura; todas muy bien puestas, cuando apareció una que atrajo las miradas de todos; su hermosura era singular; gracia y cuerpo superaban a su belleza.

Los recién llegados preguntaron el nombre de aquella mujer y uno de los acompañantes contestó: No sabemos su nombre; está recién llegada; todos la llaman cariñosamente Catatuya; estamos orgullosos de tener en nuestra sociedad una muchacha de tan altos méritos y a todos nos encanta su modestia; parece ignorar lo que vale. Vino de la vecina provincia a pasar unas semanas con un matrimonio pariente suyo, que radica hace bastante entre nosotros. Catatuya, Catatuya, repitió bromeando el amigo del ministro que se había excusado de bailar; Catatuya; qué lástima que no le hubieran puesto "Catamía"; me sonaría mejor.

El baile seguía y era Catatuya la bailadora más atendida y los más guapos mozos le anticipaban sus piezas y le prodigaban innumerables atenciones. Desde la entrada de Catatuya se notó un cambio en el amigo del ministro; seguía su charla, pero un poco cortada; no podía ocultar la admiración y el interés que aquella belleza le había despertado. Su charla fué decreciendo hasta que, sin sentir, dejó la palabra a uno de sus acompañantes que muy amablemente lo atendía, hasta que ellos juzgaron discreto suspender la conversación. Nuestro hombre, como le llamaremos en adelante a este singular compañero del ministro, creía disimular su interés, y a intervalos narraba algún cuentecillo; pero todo era inútil; la seguía con la vista por todo el salón con una expresión muy delatora. Catatuya, con esa intuición tan propia de la mujer, había comprendido cómo aquel hombre estaba tan interesado por ella y no se empeñó en ocultar el reconocimiento que experimentaba para él con tal motivo.

Alguno de sus improvisados amigos se apresuró a presentar a Catatuya con su admirador y éste quedó complacidísimo por aquella gentileza. Le ofreció su brazo izquierdo, que ella aceptó cortesmente. Nuestro hombre se excusó con Catatuya por haberle ofrecido el brazo izquierdo, porque el derecho estaba paralizado a causa de las heridas que había recibido en una batalla naval, y que como no bailaba por el mismo motivo, la invitaría a concederle el honor de acompañarle a pasear por el salón.

Desde aquel momento, la nueva pareja empezó a llamar la atención por la conversación tan animada que sostenía; se antojaba una pareja de enamorados que después de una larga ausencia se encontraban de nuevo. Nuestro hombre, que no bailaba, como decimos antes, seguía paseando con Catatuya, sentándose con ella a intervalos, pero sin separársele un momento.

La fiesta terminó después de media noche. Todos comentaban la conquista de Catatuya y se sorprendían que aquella dama tan admirada y atendida por todos los mejores bailarines, se hubiera mostrado tan atraída por la conversación de aquel hombre, que si no era viejo, ya había dejado de ser joven. Uno de los admiradores y pretendientes de Catatuya se mostraba muy resentido con ella, y de quien algunos decían que había correspondido su amor y cultivaban relaciones.

Dos días más duró la visita del ministro por aquella provincia y reuniones y fiestecitas se sucedieron para agasajarlo. Los dos días vieron todos cómo aquel amigo del ministro atendía a Catatuya y cómo se expresaba de ella cuando se traía su nombre a la conversación.

Llegó el día de la partida. Los coches listos y el Ministro y sus acompañantes se despiden todos reiterando sus agradecimientos por las atenciones que se les habían prodigado. Sólo un compañero faltaba para salir, el que había ido a despedirse de Catatuya y que se incorporó unos momentos después. Los compañeros le dirigen algunas bromas; se despiden de todos los señores ahí reunidos; toma su asiento y la comitiva parte.

Pocos días duraron en aquel pueblo los comentarios sobre la visita del Ministro. Los admiradores de Catatuya creyeron que volvían a tomar su puesto y ~~ella~~ se preparaban para vengarse de ella por las atenciones que había tenido con aquel misterioso personaje, con menoscabo de las consideraciones que ellos creían merecer, pero la oportunidad de la venganza no llegaba, porque Catatuya rehusó desde entonces asistir a fiestas, desde aquel día en que se despidiera del personaje misterioso. Las amigas más íntimas de la casa salían asombradas del cambio que en ella se había operado y así renunció Catatuya a todo paseo. Se le veía salir siempre sola, únicamente los domingos a la Iglesia y algunas veces al correo o al telégrafo. Mientras más se acentuaba el encierro de Catatuya, más se exasperaba el pretendiente aquel, que se decía tener títulos de novio y por medio de misivas y recados con sus amigas, pedía a Catatuya que lo recibiera para tener una explicación. Vanas súplicas aquellas; Catatuya respondía siempre que no tenía ningún compromiso contraído con él y que le rogaba abandonar aquella idea. El pretendiente pasó de la súplica al amago; pero nunca consiguió obtener la entrevista con su pretendida novia.

Mucho tiempo había transcurrido. Ya nadie se acordaba de la visita del Ministro, cuando un día empezó a susurrarse en aquella aldea que Catatuya había desaparecido; nadie se atrevía a preguntar nada al matrimonio -- aquel donde Catatuya vivía, pero todo el pueblo fué aceptando la versión -- porque no se le volvió a ver en ninguna parte. Muchos comentarios se hicieron de la desaparición de Catatuya; la fantasía aldeana, siempre llena de curiosidad, forjó mil comentarios y leyendas, pero nunca se supo cómo salió -- aquella mujer de aquel pueblo a donde había llegado unos meses antes, llena de ingenuidad y plena de hermosura.

Unas semanas después, cuando ya nadie dudaba de la fuga de Catatuya, desapareció misteriosamente de aquel pueblo aquel joven que pretendía haber sido ~~novio de Catatuya~~ novio de Catatuya y los amigos más íntimos de él aseguraban que había jurado vengarse de Catatuya y de aquel hombre que le había robado su amor y que con tal motivo había desaparecido misteriosamente del pueblo en busca de la venganza que anhelaba.

Muchos meses habían pasado desde la desaparición de Catatuya. Algunos nuevos sucesos habían atraído la atención de los oriundos y ya el recuerdo de aquella mujer había casi desaparecido por completo, cuando un día llegó a uno de los extranjeros de la Colonia en aquel pueblo, un periódico en lengua extranjera también, que contenía una historia interesante con este rubro: "UN GRAN DRAMA LLENO DE MISTERIO ENTRE PERSONAS AL PARECER DE ORIGEN LATINO".- "Ayer, al amanecer, en un pequeño pueblo cercano a esta Ciudad, -- cuando empezaba despuntar la aurora, se presentó un hombre ante los agentes de la justicia informando que en las orillas del pueblo, al ir para su trabajo, encontró un muerto cerca de un auto y que en el coche vió otras personas. El auto estaba casi volcado a un lado del camino. Inmediatamente se trasladaron los agentes al lugar señalado por el individuo aquel, a quien llevaban consigo, y encontraron, efectivamente, que un hombre estaba muerto como a -- diez pasos del auto y el único asiento que el coche tenía, estaba ocupado -- por un hombre y una mujer; el hombre estaba muerto también, con el rostro -- lleno de sangre, y la mujer, muy mal herida, pero viva aún.

"Los agentes procedieron a levantar la información correspondiente. El hombre que estaba muerto sobre el camino, era un hombre robusto, moreno; - su edad, aproximadamente 25 años; tenía dos balazos: uno en el brazo izquierdo y otro le interesó la shorta. Ni un papel fué encontrado en su bolsa; sólo su reloj fué encontrado, con un pequeño retrato con mucha semejanza a la herida que estaba en el auto. Al hombre muerto en el coche se le encontraron dos heridas también; una en el pecho y la otra en la cabeza. Este hombre era también robusto y moreno, pero su edad pasaba de los cuarenta y cinco años. Ningún papel se le encontró en sus bolsillos. La dama tenía una herida en el pecho, que le había producido una gran hemorragia. Ella daba marcados síntomas de vida, pero no pronunciaba ninguna palabra, ni contestó a ninguna de las preguntas que le hicieron los agentes, quienes trasladaron muertos y herido al hospital, para que se practicara a los muertos la autopsia reglamentaria y a la herida los auxilios de la ciencia médica. A la justicia no le quedaba más esperanza para el esclarecimiento de los hechos que el relato que pudiera hacer la herida antes de morir, porque su herida no daba lugar a ninguna esperanza.

"Cuando la herida estaba en su cama del hospital, el médico de turno no intentó la primera curación, pero al darse cuenta, ella le dijo: Doctor, - no sea usted ingrato pretendiendo prolongarme la vida y con ella el más cruel de mis martirios: el de vivir sin él. Déjeme, Doctor; por piedad se lo ruego. - El Doctor replicó diciéndole: Perdóneme usted, señora; en esta vez no puedo atender a tan gentil paciente, pero responsabilidades muy grandes recaerían sobre mí. Déjeme usted cumplir mi misión y será el Dios Todopoderoso - el que resuelva sobre su vida. Ella no replicó, ni habló una sola palabra; ni siquiera sus labios se movían; ni un lamento interrumpió el silencio del recinto, y el Doctor, emocionado ante aquel espectáculo en que la bondad y el amor se disputaban el triunfo, practicó su curación y salió para dar en seguida un dictamen que no dejaba lugar a ninguna esperanza por la vida de la enferma.

"La herida era una mujer que no pasaba en su edad, de 22 años; singularmente hermosa; su rostro, estaba iluminado con una suprema expresión de ternura y ni los agentes ni el Doctor escucharon un solo lamento. Gran interés fué despertando aquella mujer misteriosa a las personas que estaban al tanto de los acontecimientos. La justicia, al conocer el dictamen médico, - comprendió que no había tiempo que perder; un representante judicial, con su secretario, se trasladó al hospital para tomar las declaraciones necesarias y seguidos de la enfermera que tenía a su cuidado a la herida, entraron al recinto donde se encontraba. Después de instalados convenientemente, inician su interrogatorio en la siguiente forma:

"Señora: Mi profesión me impone el penoso deber de interrumpir - - vuestro reposo para haceros unas preguntas que en nombre de la justicia que represento os ruego contestar: - Cuál es el nombre de usted? - Mi nombre es un misterio que la justicia, si quiere merecer tal nombre, no debe pretender violar en esta hora suprema de mi agonía. Un silencio siguió a estas palabras, que fueron pronunciadas con toda claridad y llenas de una expresión de dignidad. Los agentes no encontraban cómo resolver aquella situación, pero pasados unos momentos, el agente interrumpió el silencio diciendo: Señora, - perdóneme usted que insista; la justicia necesita conocer cómo se desarrollaron los acontecimientos, donde dos hombres perdieron la vida y usted resultó herida de gravedad; y si usted no habla, el crimen quedaría impune. En nombre de esa justicia, yo os ruego contestar mis preguntas; lo hará usted, verdad? - Con que la justicia humana quiere tomar a su cargo el desagravio de los sucesos ocurridos esta mañana entre tres personas de las cuales dos han comparecido ya ante la justicia divina y la tercera está preparándose para -

concurrir y responder ante ella de sus faltas? A quién van a castigar ustedes? Yo ruego a usted, señor agente, que no pierda su tiempo inútilmente.

"Después de unos instantes de silencio, el agente dió una excusa a la herida y salió del recinto seguido de su secretario, sin aceptar su derrota, pues volvió unos minutos después disfrazado de sacerdote para ofrecerle el sacramento de la confesión y ver si conseguía penetrar aquel misterio que le iba interesando cada vez más. Con toda prisa previnieron los trajes adecuados y una hora después, entraban de nuevo al hospital. El agente consideraba seguro su éxito, porque las palabras de la herida, al hablar de la justicia divina, revelaron su credo católico.

"Ya en el hospital, suplicaron a una hermana anunciara a la enferma del número 11 que un sacerdote católico, sabedor de su estado delicado, venía a ofrecerle el santo sacramento de la confesión. Unos momentos después volvía la hermana invitando al sacerdote a pasar al 11 y en nombre de la enferma agradecía su bondad. Seguido de la hermana, se trasladó al cuarto de aquella mujer misteriosa que tanto interés estaba despertando. Ya en él, se acercó al lecho de la enferma saludándola así:

"Buenos días te dé Dios, hija mía; vengo en nombre de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, a darte el santo sacramento de la confesión, para que así puedas, si Dios nuestro Señor llama a tu alma, entrar en el eterno reino de los cielos.

"La enferma se incorporó ligeramente en el lecho; cogió la mano de su confesor y la besó con unción. Su rostro se iluminó con una infinita expresión de ~~gracia~~ *bondad*; volviéndose a recostar contestó:

"Gracias, Padre; gracias a la bondad del cielo llega usted a tiempo. Mi vida se ha prolongado por milagro quizá, para dar tiempo a que usted recogiera la confesión de mis culpas. Siéntese, Padre, siéntese. El padre acercó su asiento a la cabecera de la enferma; tomando una de sus manos entre las suyas, le preguntó:

"Cuál es tu nombre de pila, hija mía? - Mi nombre no es pecado, padre; mi nombre no es pecado. Yo sólo un pecado he tenido en mi vida, uno solo; haber amado a un hombre con un amor superior a toda reflexión, superior a todas mis facultades. Un amor que absorbió por completo mi corazón y mi cerebro; pero no soy culpable, padre, no soy culpable del todo. Yo llegaba a los 20 años; no había sabido nunca lo que era el amor; mis oídos empezaban a fatigarse de escuchar siempre las mismas galanterías; mis pupilas estaban fatigadas ya, de esquivar miradas inexpresivas de hombres que fijaban en los míos sus ojos sin decirme nada; cuando una ocasión, en un viaje a la vecina provincia, conocí a un hombre que no era joven, ni hermoso. Fuí presentada con él y me habló en un lenguaje que para mí era nuevo; yo no sé qué expresión tenían sus palabras y qué influencia ejercían sobre mi espíritu, que a partir de ese día perdí mi voluntad y todos mis actos se rigieron por la de él, o mejor dicho; nuestras dos voluntades se fundieron en una sola, porque él también, desde ese día, perdió el control de la suya.

"Desde entonces, una fuerza misteriosa, superior a todas las fuerzas, nos atrajo. No supimos que fué necesario hacer para unirnos, pero lo hicimos; no supimos cuántos males causaríamos a otros para unirnos, pero los causamos. Y poseídos del más sublime de los vértigos, del vértigo del amor, nos sorprendió la tragedia en que él perdió la vida y yo encontré la muerte. Yo lo seguiré, sí, lo seguiré.

"Estas últimas palabras fueron pronunciadas muy débilmente; apenas pudo escucharlas el supuesto confesor, y la herida quedó unos momentos como-

desmayada. Después prorrumpió con una voz llena de armonía y ternura; - Yo no sabía lo que era amor, padre; aquel hombre me pareció superior a todos; empecé a perder la noción de las cosas; todo lo que me rodeaba me era indiferente y él, únicamente él, absorbía mi cerebro y mi corazón. Yo estoy segura que en él se producía el mismo fenómeno. Yo fui su vida y fui su muerte, y él fué mi vida también, y también será mi muerte. Yo no podría explicarle cuán infinita es la alegría que experimento cuando siento que la vida se me va escapando y que se acerca el instante bendito en que deberé reunirme; los dolores de mis heridas y las perturbaciones que en mi cerebro empieza a ocasionar mi agonía, me indican, padre, que en unos momentos más, - habrá quedado interrumpida para siempre esta narración.

"Catatuya pronunció muy débilmente estas últimas palabras; su semblante estaba intensamente pálido; cerró sus ojos y a no ser por su respiración que a causa de la fiebre y de su estado nerviosa era acelerada, el falso confesor la habría creído muerta.

"Catatuya permaneció así algunos instantes. Al fin de ellos, abrió aquellos hermosos ojos verdes; los abrió muy grandes; parecía que iba a expirar, y fijándolos en el que ella suponía su confesor, exclamó: Padre, a dónde van las almas de los que mueren confesados y arrepentidos de todos sus pecados? - Al cielo, hija mía; eso no se pregunta; al cielo, a disfrutar de la eterna gloria de los cielos y de la infinita bondad de Dios nuestro Señor. Una ligera pausa siguió a esta contestación que Catatuya interrumpió con otra pregunta: A dónde van, padre, las almas de los que mueren sin confesión? - Al infierno, hija, al infierno. Ellos nunca podrán entrar en el Reino de Dios. Un silencio prolongado siguió a esta pregunta; Catatuya parecía estar bajo la acción de un letargo, cuando de improviso, haciendo un esfuerzo, se incorporó ligeramente en el lecho y exclamó: Perdóname, único amor de mi vida, esta falta: falta involuntaria; perdóname que estuve a punto de abandonarte, perdóname. El agente, suponiendo que la herida deliraba, empezó a exclamar: Señora, señora, vuelva usted en sí; recobre sus facultades. Catatuya le interrumpió diciendo: - Estoy en posesión plena de todas ellas; por eso pedía perdón al ser querido por mi falta; al hombre que por mi amor dió su vida. Perdón, porque estuve a punto de abandonarlo por mi confesión; yo habría ido al reino de Dios, a gozar de su infinita misericordia y él habría ido al infierno. No padre, no puedo confesarme; no debo confesarme; no quiero confesarme. No exija, padre, usted que representa la piedad y la misericordia del Ser Supremo, que yo sea desleal al hombre que todo lo sacrificó por mí; al hombre que me espera allá, en ese mundo del tormento que tan maravillosamente describió el genio del Dante. Allá compartiremos las torturas y todas ellas, créamelo, padre mío, todas ellas juntas, serán menores que la de separarnos para siempre.

"En este último período, entró Catatuya en una excitación muy grande. Sus ojos se abrieron extraordinariamente; sus manos se crispaban, y poco a poco, al recobrar su tranquilidad su semblante fué palideciendo más y más; su voz se fué extinguiendo, y apenas pudo escuchar aquel falso confesor estas palabras: No padre, no debe ser eso; él era tan bueno! Nunca, nunca; él me espera. Allá desde su tormento me llama; estoy oyéndolo; me dice: Catatuya..... Catatuya..... Cata.....tu.....ya..

"Esta fué la última sílaba que modelaron aquellos labios, hechos para el dolor y para el misterio. Un silencio invadió aquel recinto, donde acontecimientos tan originales se venían desarrollando. El profano confesor, ante aquel incomparable ejemplo de amor y de ternura, hondamente impresionado y conmovido, se arrodilló a la cabecera de la muerta; le cerró los ojos y exclamó: ¡Oh, mujer ejemplar de virtud y de amor! Perdóname por haber venido a profanar tu dolor; perdóname siquiera, porque en cambio, he-

recogido tus últimas palabras que transmitiré a los demás y que sonarán siempre como el más alto y elocuente ejemplo de lo que puede y debe hacer una -- mujer por el ser querido.

"Lleno de angustia, con los ojos rasos de lágrimas, salió de aquel recinto aquel hombre, que algunos minutos antes había penetrado en él, creyendo violar el misterio de aquella mujer, sin importarle siquiera su dolor. Aquel mismo día se suscribió en aquella aldea una colecta para dar sepultura cristiana a los tres desconocidos."

Cuenta la leyenda, que cada aniversario de aquella tragedia, todas las parejas de enamorados de la comarca, depositan ofrendas florales sobre el modesto sepulcro de aquellos desconocidos, donde yacen los restos de aquella mujer que se convirtió en símbolo; símbolo de fidelidad y de amor.

